IV

Marcelo Laugier recogió el gorro y lo estuvo contemplando algunos segundos con una emocion extraña.

El gorro se hallaba impregnado del sutil y penetrante perfume que despedian los cabellos que habian ocultado, cuyo aroma llegó á saborear el jóven.

El teniente aproximó á sus labios el gorro y lo besó dulcemente; pero de pronto se detuvo, y se sonrió de una manera irónica.

—¡Qué nécio soy! ¿Vale la pena de tomar en sério lo que me ha ocurrido con una doncella?

Despues de un segundo de reflexion, añadió:

—¿Y por qué no? ¿Tengo el derecho de mostrarme desdeñoso? ¿Vale lo que ésta una sola de mis aventuras de militar? Marieta es la jóven mas hermosa que he visto; es preciso que la marquesa esté muy segura de su propia belleza para tener á su lado semejante criatura. Esta noche, que no tendrá rival, ocupará en mi memoria un lugar preferente.

Despues de este monólogo, Marcelo envolvió el gorro en una hoja de papel de seda y lo unió á una coleccion de guantes descoloridos,

flores marchitas, rizos negros y rúbios, fotografías y cartas sin fecha, amontonadas en el fondo de su maleta dentro de un cofrecillo, y que constituían las reliquias sentimentales de su pasado; cerró despues el cofrecillo formulando este aforismo filosófico que todo el mundo conoce:

—Todas las mujeres son iguales ante el amor.

Una hora despues llegó el criado con el chocolate.

—¿Habeis pasado buena noche señor teniente?—preguntó Dominico.

—Excelente..—respondió el teniente—quizá me hubiérais aún sorprendido durmiendo, á no haberme despertado el ruido de caballos y carruajes.

—El landó y el ómnibus han sido enganchados esta madrugada.... La señora marquesa ha dejado el hotel.

—¡Ah!

—Sí, señor—continuó Dominico,—la señora regresa al castillo de la Tour du Roy, donde se propone pasar los primeros meses de su luto.

—¿Se ha marchado sola la señora marquesa?

—Los criados iban en el ómnibus, por mas que la mayor parte del personal se encuentra en el castillo. Como habíamos venido á Orleans por unos dias solamente se trajo poca servidumbre.

Despues de un momento de vacilacion, el teniente adoptó un aire que se esforzaba por hacer pasar por indiferente.

—Supongo que las doncellas habrán acompañado á su señora.

Dominico miró á su interlocutor con sorpresa.

—¡Claro.... ¿pero por qué me haceis esa pregunta?

—Si os he de decir la verdad no lo sé—balbuceó el jóven, que no pudo menos de turbarse.

—¿Conoceis acaso á Marieta ó á Juana?

—A ninguna.... ¿Como diablos quereis que las conozca?

Y añadió vivamente para ocultar su turbacion:

—¿El castillo de la Tour du Roy se encuentra á mucha distancia de Orleans?

—Próximamente unos treinta kilómetros.... que se corren en dos horas.... El difunto marqués, mi queridísimo amo, tenia una caballeriza de primer órden.... adoraba los caballos.... lo cual le ha sido fatal.

Y el viejo Dominico enjugó las lágrimas que rodaban por sus mejillas, lanzando al propio tiempo un gran suspiro.

—¿El castillo será magnífico?—preguntó Marcelo.

—¡Ah! soberbio.... uno de los mas hermo-

sos del Loire, un castillo de príncipe, construido por un arquitecto muy célebre de hace muchos años.... ¿y el parque? Cincuenta hectáreas plantadas de hayas seculares.... En él tenemos ciervos y corzos como en medio del monte.

¿Y las granjas? ¿y los prados? Los dominios de la Tour du Roy pagan un año con otro, bueno ó malo, 70,000 francos de impuestos.

—Por lo que veo, el marqués poseía una gran fortuna.

—Enorme; mas de 3000.000 libras de renta.

—¿Y no tenia hijos?

—He ahí su gran pena; pero los hubiera tenido positivamente, si Dios no hubiese dispuesto de él. A pesar de su edad, valia tanto como un jóven.

—¿Y se sabe quien hereda sus bienes?

—Se leyó á la señora el testamento anteayer; pero ignoro su contenido. Supongo que la señora marquesa habrá heredado la mayor parte. El señor marqués estaba loco por su mujer.

—Se cuenta que la señora de la Tour du Roy es de una belleza extraordinaria.

—Y tienen razon para decirlo así. La señora marquesa no tiene semejante. Se siente uno conmovido al verla. Mi difunto amo, que hasta despues de los sesenta y cinco años no que-

ria oir hablar de matrimonio, se casó perdidamente enamorado.

La curiosidad del teniente estaba satisfecha.

La conversacion terminó por lo tanto.

—¿Teneis algo que mandarme?

—Nada: pero depende de vos hacer una cosa que me agradaria en extremo.

—No deseo otra cosa que poder complaceros. ¿De qué se trata?

—Se asegura que las habitaciones de este palacio se hallan llenas de objetos de arte y de extraordinario mérito.....

—Y es cierto.... yo no entiendo una palabra, pero dicen que hay cuadros que valen una fortuna.

—Una vez que la señora marquesa no se halla en el palacio, no creo pecar de indiscreto si os suplico que me dejeis ver los salones.

—Con mucho gusto. Casi todos los extranjeros que vienen de paso á la ciudad solicitan igual favor. Prefieren visitar esta casa mas que un museo, y tienen razon. A nadie se le niega el permiso (hablo de las gentes decentes.) En aucencia de los amos, el portero tiene autorizacion para permitir ver el palacio. ¿Cuando quereis visitarlo?

—Debo ir hoy á visitar á mi coronel... pero estaré de vuelta á las nueve.

—Pues á esa hora todas las ventanas estarán

abiertas y me hallareis á vuestras órdenes. señor teniente.

A las nueve regresó Marcelo.

Esperaba en el vestíbulo Dominico, y le acompañó á los salones de recepcion.

Estos ocupaban toda la planta baja, y daban al patio y al jardin.

Aquellos departamentos se componian de tres grandes salones corridos, que daban á otro mas pequeño de forma ochavada y que servia de sala de juego los dias de recepcion, y comunicaba con una galería de cristales cerrada, tras la cual se veia un jardin de invierno de vastas y magníficas proporciones, donde las arañas de cristal de roca producian multitud de luces entrelazadas en el follaje de árboles tropicales.

No intentamos hacer una reseña minuciosa del palacio, porque, despues de todo, sería muy incompleta.

Balzac, el gran escritor, es el único que podria entretener á sus lectores con el encanto de una detallaba descripcion de las maravillas reunidas por la paciencia de un coleccionador como el primo Pons.

Baste decir que no solo Marcelo no experimentó ninguna decepcion, sino que la realidad superó en mucho á lo que se habia figurado.

Todo era magnífico en aquellos inmensos salones; los sitiales en tapicería al medio punto,